

# EL TESORO DE EBORA. ¿CONJUNTO SACRO DE UN SANTUARIO TURDETANO?

JUAN ANTONIO MARTÍN RUIZ (UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE VALENCIA-IERS)

**RESUMEN:** Procedemos a revisar un importante descubrimiento arqueológico que tuvo lugar de forma casual en la segunda mitad del pasado siglo, como es el conocido tesoro áureo del cortijo de Ebora en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz). A pesar de su indudable trascendencia, los deficientes trabajos arqueológicos emprendidos tras su hallazgo han dificultado determinar su contexto, lo que ha impedido que no pocas veces sea incluido en los estudios sobre el tema quedando relegado a un segundo plano. Por ello, creemos que resulta de interés intentar establecer el carácter de este importante yacimiento, además de procurar ofrecer unos parámetros temporales en los que situar dicho enclave.

**PALABRAS CLAVE:** tesoro, oro, Ebora, turdetanos, santuario, Sanlúcar de Barrameda, Cádiz.

**SUMMARY:** We review an important archaeological discovery that took place by chance in the second half of the last century, namely the well-known golden treasure of the Ebora farmhouse in Sanlúcar de Barrameda (Cádiz). Despite its unquestionable importance, the poor archaeological work undertaken after its discovery has made it difficult to determine its context, which has prevented it from being included in the studies on the subject and therefore has been relegated to a secondary level. For this reason, we believe that it is interesting to try to establish the character of this important site, besides trying to offer some chronological parameters to place it.

**KEY WORDS:** treasure, gold, Ebora, Turdetan, sanctuary, Sanlúcar de Barrameda, Cádiz.

## 1. INTRODUCCIÓN

Entre los diversos tesoros áureos conocidos en el mediodía peninsular destaca el de la colina de Ebora, procedente del cortijo homónimo en el término municipal de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz). Este yacimiento estuvo emplazado en una antigua península situada entre dos brazos de agua, frente a la isla donde se ubica el santuario de La Algaida<sup>1</sup> en lo que antaño fue la entrada al denominado Lago Ligustinus. Del mismo se ha valorado su excelente ubicación como posible puerto a la entrada de tan amplia bahía, en uno de los escasos puntos de aguada antes de penetrar en ella.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> LÓPEZ AMADOR y RUIZ GIL, 2010, pp. 273-280.

<sup>2</sup> MATA CARRIAZO, 1970, p. 28; MENENTEAU, 1978, p. 40.



Figura 1. Una vista del proceso de excavación (Fuente: Mata Carriazo)

Ebora es mencionada por algunas fuentes literarias de la Antigüedad como Estrabón (III, 9)<sup>3</sup> o Mela (III, 4),<sup>4</sup> quien la califica como *castellum* ubicado en la costa, así como Plinio el Viejo (III, 10) que la denomina *Cerialis*,<sup>5</sup> si bien lo cierto es que no es mucho lo que se sabe acerca de este enclave. Aunque por desgracia el tesoro no fue hallado en su totalidad, pues con seguridad un elevado número de las piezas que componen la diadema se perdieron, los materiales documentados evidencian que se trata de un conjunto de extraordinario interés. Sin embargo, quizás por ello no deja de resultar sorprendente la escasez de estudios que se han realizado sobre el mismo, y muy particularmente sobre el contexto en el que fue encontrado que obviamente ayudaría a comprender mejor este notable descubrimiento.

Creemos que esta circunstancia se debe en buena medida a las características del exiguo registro arqueológico con el que puede relacionarse y las graves dificultades que presenta su interpretación, puesto que hoy en día se constatan serias carencias en su excavación llevada a cabo por el profesor Juan de Mata Carriazo y Arroquia en el año 1959, que nos privan de una valiosa información como tendremos ocasión de comprobar en las

<sup>3</sup> GARCÍA Y BELLIDO, 1980, p. 64.

<sup>4</sup> GARCÍA Y BELLIDO, 1978, p. 84.

<sup>5</sup> GARCÍA Y BELLIDO, 1978, p. 125.

páginas que siguen (figura 1). Este hecho resulta más acuciante si recordamos que otro importante tesoro descubierto coetáneamente, como es el de El Carambolo que él mismo tuvo también la oportunidad de excavar, ha podido contextualizarse con posterioridad al haberse llevado a cabo nuevas intervenciones hace unos pocos años.

Aun así, y como procuraremos exponer más adelante, su estudio minucioso podría llevarnos a valorar su posible vinculación con algún espacio sagrado de forma similar a lo acontecido justamente con El Carambolo, ya que si en un primer momento este último lugar fue considerado como un asentamiento tartésico, más tarde se valoró su papel como un templo fenicio<sup>6</sup> para recientemente defenderse su carácter de lugar de culto indígena.<sup>7</sup>

## 2. EL TESORO

Aunque no es nuestra pretensión detenernos en el examen detallado de este conjunto áureo, ya que ha sido estudiado minuciosamente por diversos autores, creemos obligado plantear sus principales características y problemática. Como es bien sabido, fue descubierto de manera casual en 1958 en los alrededores del cortijo de Eborra (figura 2), localizándose nuevas piezas al año siguiente hasta contabilizar un total de 93 elementos áureos y otros 43 de cornalina<sup>8</sup> (figura 3), si bien es seguro que faltan numerosas piezas. De hecho la mayor parte de la diadema se habría perdido, puesto que de las 168 piezas articuladas con que se considera debió estar constituida en su origen solamente se han recuperado 27,<sup>9</sup> lo que implica que desconocemos su longitud original que indudablemente debió ser mucho mayor que la conservada. El impacto inicial provocado por este descubrimiento fue tal que antes incluso de que se conociera la totalidad del mismo se hicieron sendos estudios<sup>10</sup> que, como es lógico, se vieron en buena parte modificados al poco tiempo cuando se produjeron nuevos hallazgos que completaron la parte que nos ha llegado.

Probablemente la más destacable sea una diadema articulada hecha con dobles láminas huecas soldadas en sus bordes, cuya tipología denota su carácter netamente

<sup>6</sup> FERNÁNDEZ FLORES y RODRÍGUEZ AZOGUE, 2005, p. 136.

<sup>7</sup> TORRES ORTIZ, 2016, pp. 92-93.

<sup>8</sup> MATA CARRIAZO, 1975, pp. 334-371.

<sup>9</sup> FERNÁNDEZ GÓMEZ, 1997, p. 61.

<sup>10</sup> MALUQUER DE MOTES, 1958, pp. 202-208; BLANCO TORRECILLAS, 1959, pp. 50-55.

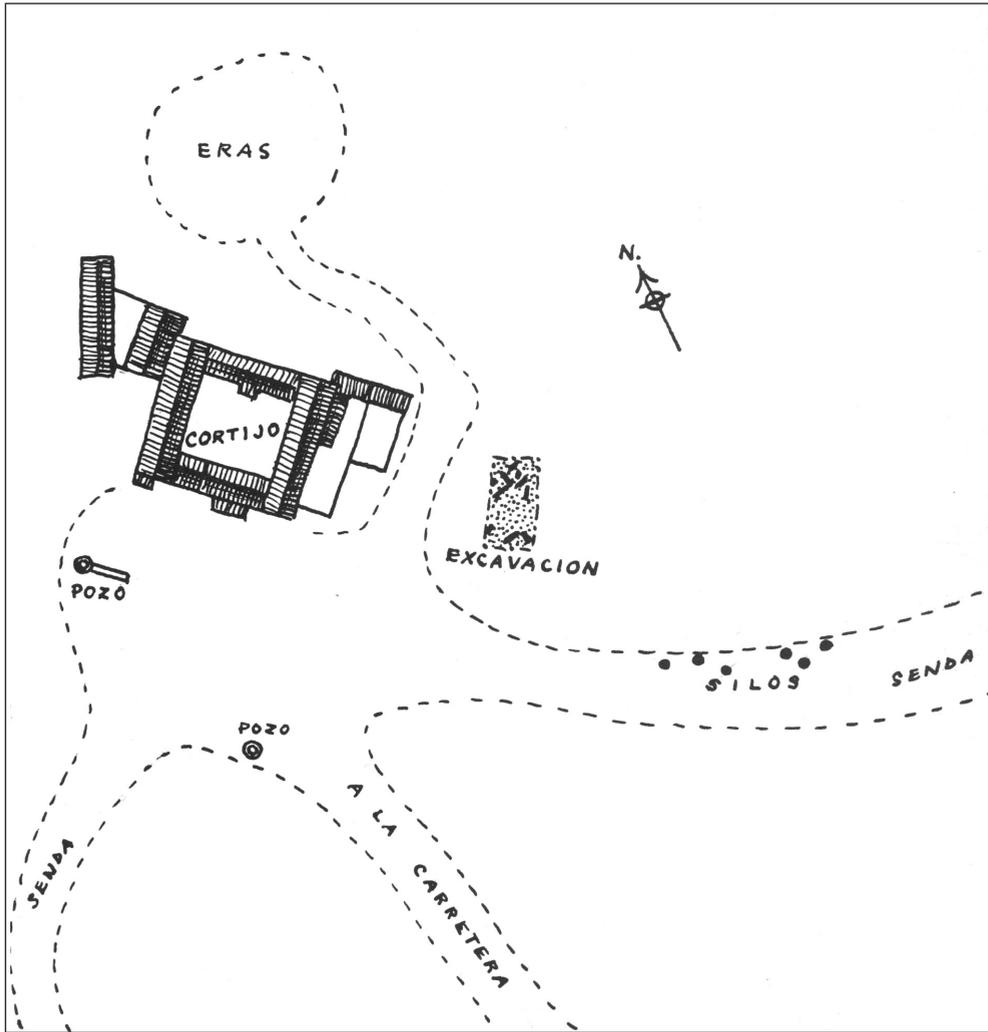


Figura 2. Dibujo donde se indica el lugar del hallazgo del tesoro y la situación del corte planteado  
(Fuente: Mata Carriazo)

indígena aunque incluya motivos ornamentales de carácter oriental,<sup>11</sup> a cuyos lados mostraba dos remates triangulares con una anilla en cada extremo que servirían para su sustentación. Está constituida por cuatro filas de placas que se unen mediante pequeñas charnelas, cada una de ellas decorada en su lado superior con un motivo diferente de las que nueve son cuadradas con lo que podría ser un altar con forma de piel de toro, otras siete rectangulares con sus lados dentados, seis en las que vemos un

<sup>11</sup> FERNÁNDEZ GÓMEZ, 1997, pp. 60-62.



Figura 3. Tesoro de Ebora (Fuente: Mata Carriazo)

rostro y otras cinco más con doble arco, en todas las cuales se nos muestra una rica iconografía sobre la que volveremos a detenernos más adelante.<sup>12</sup>

Otras piezas consisten en unos colgantes integrados por varios elementos como cilindros o nudos de Hércules que Carriazo consideró deberían formar parte del entramado decorativo de la diadema colgando de sus extremos, y en los que se aprecian alveolos que debieron llevar incrustaciones de piedras preciosas o pasta vítrea. Además, hay 39 cuentas de collar de oro con distintos tamaños decoradas con motivos geométricos, 20 de ellas bicónicas, y otras 43 de cornalina de formas cilíndricas y esféricas con las que se montaron varios collares, aun cuando en realidad no se sabe cómo se articulaban, habiéndose sugerido también que las cuentas de oro y cornalina debieron ir juntas alternándose.<sup>13</sup>

A ellos hemos de sumar dos pequeñas bullas y otros tantos anillos decorados con motivos geométricos en sus chatones planos circulares, dos arracadas que también debieron llevar adornos de pasta vítrea en la actualidad perdidos, otros dos colgantes que igualmente habrían llevado pasta vítrea como adornos y una decena de pendientes amocillados de secciones circular y romboidal, algunos de ellos con sus extremos abiertos mientras que en otros se cierran o rematan con hilos, siendo así que incluso se ha sugerido que en algún caso podrían haber sido usados como *hezem* para adornar la nariz.<sup>14</sup> El conjunto no quedaría completo si no mencionáramos lo que en un primer momento se consideró como un delgado torque, pero que más tarde se ha defendido que puede ser un brazaletes macizo cuyos extremos rematan en un gancho con forma de pequeño botón,<sup>15</sup> lo que no es obstáculo para que otros investigadores la hayan publicado como una gargantilla.<sup>16</sup>

En lo referente a las técnicas empleadas cabe indicar el uso exclusivo de la filigrana y el granulado. Además, se pudo comprobar el uso de soldaduras para las que se utilizó una aleación enriquecida con cobre. A los pocos años de haberse producido el hallazgo se llevó a cabo el análisis de una serie de piezas, el cual reveló que su composición variaba de unas a otras,<sup>17</sup> circunstancia que pudo ser plenamente corroborada con posterioridad, puesto que los nuevos análisis efectuados a varios elementos volvieron a poner de manifiesto que para su confección se había empleado una aleación de oro, plata y

<sup>12</sup> MATA CARRIAZO, 1975, pp. 340-349.

<sup>13</sup> FERNÁNDEZ GÓMEZ, 1997, p. 66.

<sup>14</sup> FERNÁNDEZ GÓMEZ, 1997, p. 65.

<sup>15</sup> BANDERA ROMERO, 1984, pp. 386 y 414.

<sup>16</sup> FERNÁNDEZ GÓMEZ, 1997, pp. 62 y 65.

<sup>17</sup> HARTMANN y KALB, 1969, p. 95.

cobre, materiales que aparecen en proporciones variables. Así, mientras que en los pendientes amorcillados el oro es casi puro, en alguna cuenta bicónica apenas alcanza el 85%,<sup>18</sup> considerándose la escasísima presencia de hierro como resultado de una contaminación posterior.

Como ha podido constatarse, el peso de estas joyas responde a una relación metrológica muy similar a la que ofrecen las de Mairena de Alcor.<sup>19</sup> Además, su similitud estilística con las piezas de Marchena ha llevado a proponer que ambos lotes habrían sido fabricados por un mismo taller que habría estado situado en algún punto aún por determinar del Bajo Guadalquivir,<sup>20</sup> si bien no debemos olvidar que también se ha apuntado que la diversidad que ofrece puede ser el resultado del trabajo de orfebres diferentes.<sup>21</sup>

Ya en su primer estudio el profesor Maluquer advirtió que este conjunto no es en absoluto homogéneo, sino que en su opinión en el mismo podían apreciarse dos ámbitos artísticos diferentes, uno de ellos orientalizante en tanto al segundo lo consideró céltico. Además, asignó diferentes cronologías a las piezas con una datación sumamente amplia que abarcaba desde el siglo VII al II a. C.,<sup>22</sup> amplitud temporal que también acepta Nicolini cuando sitúa este hallazgo entre los siglos VII y III a. C.,<sup>23</sup> aun cuando suele ser más común que se date en la segunda mitad del siglo VI a. C. tomando como hito principal la fecha asignada a la diadema.<sup>24</sup> En consecuencia, parece aceptarse que este conjunto no fue elaborado de una sola vez, sino que es el resultado de un proceso de acaparamiento a lo largo de un prolongado período de tiempo, tema sobre el que volveremos a hablar más adelante.

### 3. LA ESTRATIGRAFÍA Y LAS EDIFICACIONES

La secuencia estratigráfica, obtenida en una superficie excavada de 192 m<sup>2</sup> y de la que no contamos con ninguna documentación gráfica, no resulta por fortuna excesivamente compleja, habiéndose alcanzado una profundidad máxima de 1,44 m, si bien se encuentra parcialmente alterada por la acción del arado que hizo que incluso se hallaran

<sup>18</sup> ONTALBA SALAMANCA et ál., 2004, pp. 98-104; BANDERA et al., 2007, p. 124.

<sup>19</sup> FERNÁNDEZ GÓMEZ, 1998, p. 204.

<sup>20</sup> BANDERA ROMERO, 1989, pp. 53-54

<sup>21</sup> BANDERA et al., 2007, p. 122.

<sup>22</sup> MALUQUER DE MOTES, 1958, pp. 211-212.

<sup>23</sup> NICOLINI, 1991, pp. 483-488.

<sup>24</sup> ALMAGRO-GORBEA, 1989, p. 77; FERNÁNDEZ GÓMEZ, 1997, pp. 68-69.

partes del tesoro en todos los niveles, a pesar de lo cual los materiales turdetanos son mayoritarios de forma unánime. Algún autor<sup>25</sup> ha sostenido que la estratigrafía no se basa en niveles naturales como cabría esperar, sino en capas artificiales de unos 30 cm de potencia cada uno. Ahora bien, y aunque estos trabajos arqueológicos presentan serias carencias, no creemos que sea factible considerar dicho extremo pues, aunque ciertamente tanto en la primera publicación dada a conocer en 1970<sup>26</sup> como en la realizada cinco años más tarde<sup>27</sup> se indica que esa es la medida aproximada de cada nivel, también nos habla aun cuando sea de forma harto somera de una serie de cambios en la textura y coloración de las tierras que integran dichos niveles, a la par que ofrece, como veremos enseguida, unas medidas más variables en cada uno de ellos.

Como decimos, la secuencia consta de tres niveles, el primero con entre 20/30 cm de potencia y tierras de coloración oscura consiste en una cubierta vegetal en la que se hallaron entremezclados materiales de distintos períodos, así como algunas piedras fruto de los derrumbes de los muros situados más abajo. El segundo, con tierras más claras en las que se incluían nódulos de cal y en el que se profundizó entre 20 y 60 cm, ofreció igualmente materiales de varias fases junto con algunos lienzos murarios paralelos entre sí, además de pavimentos de piedra. Por último, el tercer nivel, del que se nos dice que se trataba de una tierra con tonalidades tostadas y una potencia variable de 50 a 80 cm, mostraba restos de zócalos de muros hechos con piedras y un suelo de losas pétreas además de un silo excavado en la roca, localizándose todavía objetos de varios momentos cronológicos.

En función a su posición estratigráfica parece posible diferenciar dos fases constructivas distintas. La más antigua correspondería a las estructuras del nivel inferior o C como lo denominó su excavador, donde se encontró lo que se estimó podían ser parte de una o hasta dos edificaciones debido al distinto grosor que mostraban sus muros y que no siempre se recogen<sup>28</sup> (figura 4). Se trata de zócalos de piedras unidas con barro en los que se emplearon sillares irregulares y mampostería. En la zona norte, que nosotros denominamos sector I, se encontraron muros más estrechos aunque ignoramos tal medida de lo que, al menos, eran dos estancias, una rectangular con 3 m de ancho y la otra de mayores dimensiones, en esta ocasión 4 m de anchura, donde se localizó un silo excavado en la roca de 1 m de profundidad tapado con losas de piedra (figura 5). En su interior se recogieron unos pocos fragmentos cerámicos

<sup>25</sup> ESCACENA CARRASCO, 1993, p. 169.

<sup>26</sup> MATA CARRIAZO, 1970, p. 51.

<sup>27</sup> MATA CARRIAZO, 1975, pp. 326-327 y 416.

<sup>28</sup> MATA CARRIAZO, 1970, p. 54.

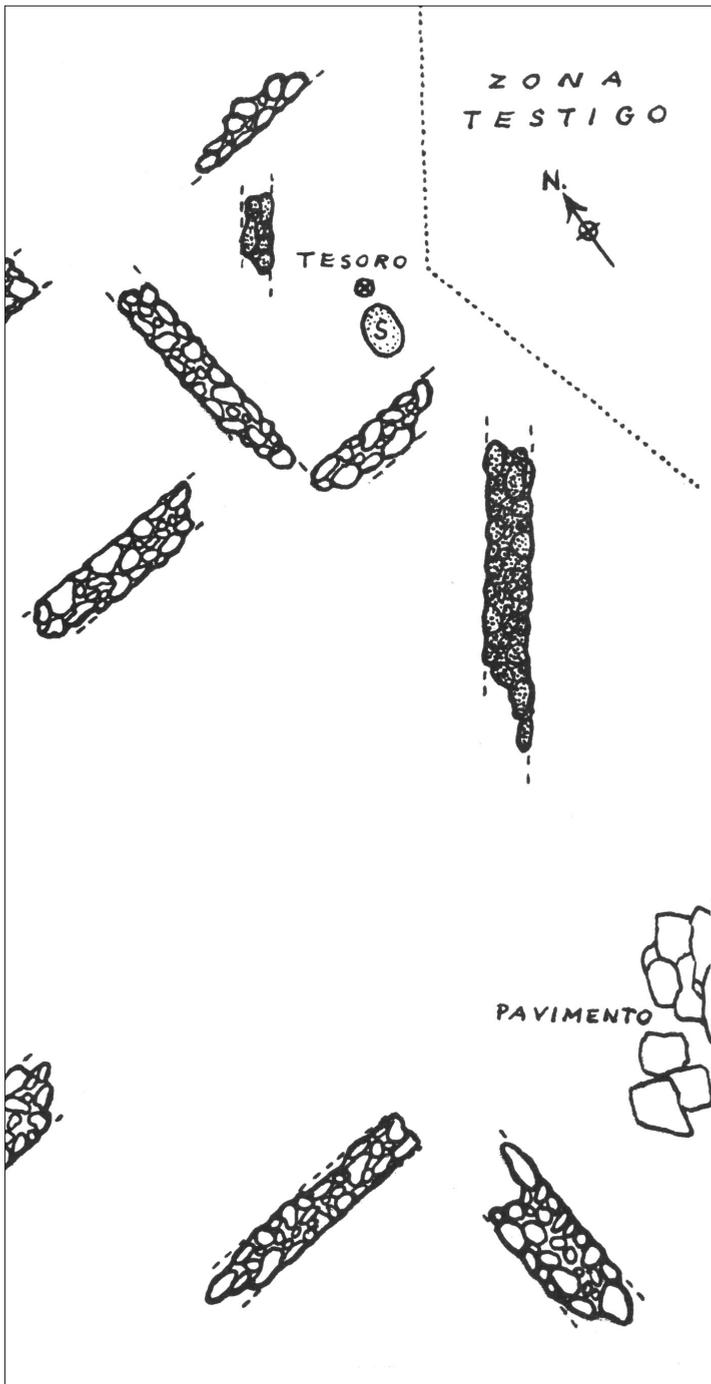


Figura 4. Planimetría de la excavación en la que se han eliminado las uniones imaginarias de muros que planteó su excavador (Fuente: Mata Carriazo)



Figura 5. Posible fosa fundacional (Fuente: Mata Carriazo)

amorfos junto a varias conchas marinas, si bien Carriazo consideró que debía ser prehistórico y no lo relacionó con este horizonte,<sup>29</sup> siendo justamente en esa misma estancia donde apareció el tesoro. Según parece este sector estaba pavimentado con un “*tosco empedrado*” de guijarros unidos con mortero de cal.

Por su parte, el sector que llamamos II, situado más al sur que el anterior, mostraba unos muros más gruesos, de hasta 1 m de espesor, delimitándose otras dos estancias de las que al menos una era de planta rectangular con 3 m de anchura, mientras que la segunda debió medir más de 4 m de ancho. Fue en este sector donde se exhumó una quicialera para una puerta y en cuyo exterior se situaba un pavimento hecho con lajas de piedra unidas con mortero como en los casos precedentes, pero que no sabemos si puede corresponder al suelo de un espacio interno o bien, más probablemente, externo como serían una calle o un patio.<sup>30</sup>

En un nivel superior, el denominado B por Carriazo, se conservaban dos estrechos zócalos de mampostería que discurren paralelos y con distinta orientación respecto a la etapa precedente. Con unas dimensiones menos anchas que los anteriores –ignoramos el dato exacto– delimitarían una estancia rectangular de unos tres metros

<sup>29</sup> MATA CARRIAZO, 1975, p. 411.

<sup>30</sup> MATA CARRIAZO, 1975, pp. 410 y 417.

de anchura y longitud desconocida. Además, indica su excavador la presencia de empedrados hechos con guijarros que, sin embargo, no son recogidos en el escueto plano existente,<sup>31</sup> por lo que no podemos conocer su ubicación exacta ni su extensión.

A estas estructuras podríamos sumar hasta ocho silos excavados en la roca situados en una ladera del cerro en el que se situaban las estructuras anteriores, y donde se recuperaron restos faunísticos y cerámicas turdetanas junto a otras romanas, medievales y hasta modernas. Por desgracia, resulta imposible establecer cuál pudo ser su relación con las edificaciones pues apenas se comenta la aparición de estos restos, de manera que no sabemos si pudieron haber sido empleados como vertederos.

#### 4. LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

Por desgracia esta cuestión resulta ser un tema harto complejo, puesto que no disponemos de una descripción detallada y exhaustiva de los diversos restos exhumados, ni tampoco de dibujos de ellos, por lo que hemos de contentarnos con los exiguos datos que nos aporta, así como en unas cuentas fotografías en las que vemos algunas piezas no siempre fácilmente identificables. En consecuencia, los datos facilitados apenas nos permiten un primer acercamiento al marco temporal en el que ubicar este descubrimiento, si bien sabemos que todos los recipientes cerámicos fueron fabricados a torno y comprenden varios grupos como serían los restos indígenas que cabe considerar turdetanos, entendiendo tal concepto desde el punto de vista cronológico y no etnográfico,<sup>32</sup> así como otros fenicios, griegos e incluso romanos, pues excluimos algunos medievales que también se hallaron. En este sentido no deja de resultar problemática la discutida alusión a la presencia de un posible fragmento de retícula bruñida, que lógicamente hemos de pensar debería estar confeccionado a mano, ya que el propio excavador resulta contradictorio al sostener una posibilidad que más tarde niega tajantemente.<sup>33</sup>

Entre los materiales turdetanos sabemos de la aparición de algún fragmento de lo que se consideró un colador, si bien no cabría descartar que se trate de un elemento relacionado con la metalurgia como ha podido comprobarse en otros yacimientos.<sup>34</sup> Según se nos dice proliferaban las ollas sin asas con bordes exvasados al exterior, así

<sup>31</sup> MATA CARRIAZO, 1975, p. 416.

<sup>32</sup> FERRER ALBELDA y GARCÍA FERNÁNDEZ, 2007, p. 103.

<sup>33</sup> MATA CARRIAZO, 1970, pp. 41 y 70; ESCACENA CARRASCO, 1993, p. 198.

<sup>34</sup> ESCACENA CARRASCO et al., 2010, pp. 39 y 43.



Figura 6. Fragmento de cerámica turdetana  
(Fuente: Mata Carriazo)

como los platos, empleándose por regla general decoraciones pintadas con motivos ornamentales consistentes en semicírculos, líneas y bandas paralelas, dientes de lobo y motivos en S de color rojo que alcanza distintas tonalidades que van desde el marrón al violeta (figura 6). A ellas debemos sumar las jarras y los cuencos de paredes carenadas con la parte superior externa decorada en rojo, estos últimos también localizados en lugares como Vico en sus niveles x-xi<sup>35</sup> o Tejada la Vieja en sus estratos IVa y IVc,<sup>36</sup> los cuales cabe datar entre finales del siglo vi y el v a. C., además de cerámicas grises cuyas formas ignoramos. En realidad, y aunque apenas tenemos datos concretos, están representadas una gran variedad de especies cerámicas como son las pintadas, las cubiertas con barniz rojo, otras sin decorar y las grises de cocción reductora.<sup>37</sup> Uno de los escasos ejemplares completos que se nos ofrece en una fotografía muestra un vaso de cuerpo globular, cuello estrangulado con baquetón y un borde recto exvasado al exterior (figura 7). Aunque este tipo de vasos son muy comunes durante los siglos v y iv a. C., la presencia de una pestaña con que se une al cuerpo resulta ser característica de los ejemplares del siglo iv a. C. como se ha podido comprobar en Castillo de Doña Blanca.<sup>38</sup>

Los materiales fenicios parecen corresponder a ánforas de las que no se especifican su tipología ni características, salvo que están “*terminadas en botones*”, incierta y vaga expresión que nos obliga a ser sumamente prudentes y no aventurarnos a proponer tipología alguna, máxime cuando tampoco se puede descartar que sean ánforas

<sup>35</sup> BANDERA ROMERO y FERRER ALBELDA, 2002, pp. 131 y 136.

<sup>36</sup> FERNÁNDEZ JURADO, 1987, pp. 102-103 y 132.

<sup>37</sup> MATA CARRIAZO, 1975, pp. 630-659.

<sup>38</sup> RUIZ MATA, 1987, p. 309.

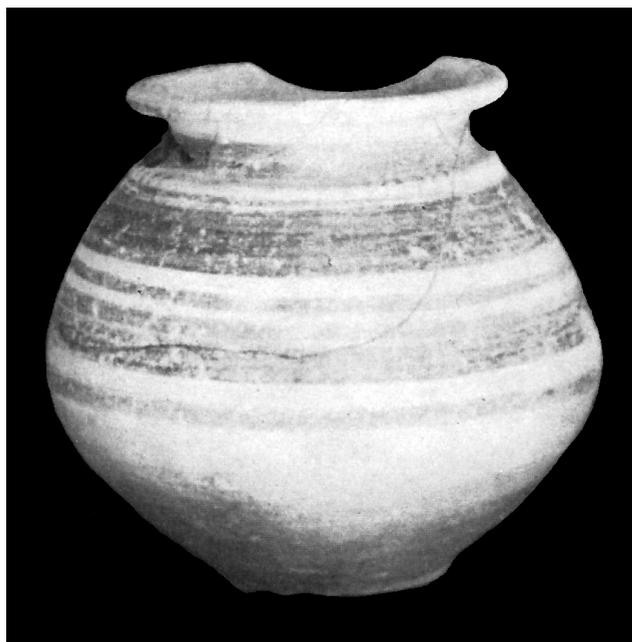


Figura 7. Vaso globular turdetano (Fuente: Mata Carriazo)

turdetanas. Respecto a los vasos de origen griego es preciso reconocer los errores de atribución que cometió su excavador, hecho que tuvo importantes implicaciones a la hora de asignarles una cronología que, por extensión, contribuyó a fechar todo el yacimiento. Así, en una primera instancia se planteó la existencia de cerámicas samias y focesas, además de un fragmento que valoró como un ejemplar de Fikellura, las cuales, en particular este último, se datarían en el siglo

VI a. C., la misma fecha que atribuyó a otro fragmento de leцитos aribalístico, restos a los que podríamos sumar algunos de procedencia ática, estos últimos del siglo V a. C. que parece contaban al menos con alguna copa, consignándose también algún ejemplar decorado con la técnica de figuras rojas.<sup>39</sup>

Ahora bien, la revisión de este material importado que décadas más tarde hizo P. Rouillard ha venido a modificar sustancialmente este panorama, puesto que fecha todos los fragmentos cerámicos, que reduce a cuatro de procedencia ática, entre a lo sumo los últimos años del siglo V y la primera mitad del IV a. C. De hecho, en su opinión estos restos helenos quedarían limitados a dos fragmentos de figuras rojas, uno de un escifo del tipo A de Beazley que sitúa entre el 400 y el 350 a. C., y otro de un lecito aribalístico que data entre los años 375 y 350 a. C. A ellos se sumarían otros dos recipientes de barniz negro, casos de una copa de tipología indeterminada de entre el 400 y el 350 a. C., y un cuenco que cabe ubicar temporalmente entre los años 350-325 a. C.,<sup>40</sup> siendo interesante observar que estos vasos pueden relacionarse con el consumo del vino y el uso de perfumes o sustancias aromáticas. Así mismo, este autor rebaja sensiblemente la elevada cronología que Carriazo había otorgado a un asa de un caldero de

<sup>39</sup> MATA CARRIAZO, 1975, p. 634.

<sup>40</sup> ROUILLARD, 1991, pp. 725-726.



*Figura 8. Asa con forma de delfín de un caldero griego  
(Fuente: Mata Carriazo)*

bronce heleno con forma de delfín (figura 8), como es el siglo VII a. C., para datarlo dos siglos más tarde.<sup>41</sup>

Además, se encontró una moneda cartaginesa con caballo parado a derecha y palmera detrás en su reverso, por lo que en el anverso debió aparecer grabada una efigie de la diosa Tanit, perteneciente al tipo SNGCop 109-119, y que se dató entre los siglos IV-III a. C. pero que sería más acertado situar en la segunda mitad del siglo IV a. C.<sup>42</sup> Del mismo modo, se documentaron un par de fragmentos de pasta vítrea que corresponden a otros tantos ungüentarios polícromos y una fíbula de arco de tipología indeterminada. Finalmente, debemos hacer mención a la presencia de molinos de piedra para triturar, amén de morteros hechos con este mismo material y unos restos líticos que no cabría descartar, como sucede en el caso de Montemolín,<sup>43</sup> que pudieran haber sido empleados

para el descuartizamiento de los animales<sup>44</sup> representados por los restos faunísticos aquí documentados.

De la fauna recogida se nos ofrece el número y los porcentajes de los restos óseos recuperados, aun cuando no sucede lo mismo con un dato tan interesante de conocer como es el del Número Mínimo de Individuos. No obstante, sabemos que la cabaña ganadera aquí documentada muestra evidencias de haber sido golpeada y a veces incluso machacada, por lo que podríamos pensar en una finalidad de consumo. Las especies domésticas, mayoritarias sin duda alguna en el registro puesto que alcanzan el 93,81% del total, están integradas sobre todo por bóvidos (57,22%), seguidos a distancia por équidos (11,51%), óvidos (10,60%), suidos (7,96%) y cánidos (7,07%),

<sup>41</sup> MATA CARRIAZO, 1975, pp. 418 y 421; ROUILLARD, 1991, p. 138.

<sup>42</sup> ALFARO ASINS, 2000, p. 26.

<sup>43</sup> BANDERA ROMERO, 2002, p. 155.

<sup>44</sup> MATA CARRIAZO, 1975, p. 384.

siendo el ciervo el único animal salvaje cazado con un 6,19%.<sup>45</sup> Creemos que este último hecho no deja de resultar interesante por cuanto es sobradamente conocido el importante papel que este animal jugaba en el mundo religioso tartésico, tal y como refleja el mito de Gárgoris y Habis que algunos investigadores han relacionado con el establecimiento de ciertas normas para el sacrificio y la ingesta pública de animales.<sup>46</sup> Todo ello sin olvidar que también se trata de un animal al que se le atribuye una vinculación con la fertilidad y la renovación, al mismo tiempo que ejerce de un papel de intermediación con los dioses, teniendo también presente que del mismo modo el perro era otro animal que tenía connotaciones sagradas.<sup>47</sup>

Por su parte los objetos romanos, que parecen no ser en exceso numerosos, y cuya tipología resulta desconocida por completo, comprenden ánforas, lucernas, cerámicas campanienses junto con alguna imitación local de las mismas y unas pocas terra sigillatas, amén de algún fragmento de vidrio y una bulla metálica.

## 5. ¿UN SANTUARIO TURDETANO A LA ENTRADA DEL LAGO LIGUSTINUS?

Tras este somero repaso a un registro arqueológico que sólo puede definirse como deficiente según hemos visto, resulta obligado preguntarse cuál pudo ser el contexto en el que depositó este tesoro. Y quizás las primeras pistas nos las pueda proporcionar el propio ocultamiento, ya que en algunas de estas joyas se grabaron unos motivos iconográficos cuyo examen muestra un claro matiz religioso, hecho constatado sobre todo en la diadema, pero que también podemos percibir en la decoración representada en otras piezas.

En este sentido se ha planteado que en las distintas series de plaquitas que componen la diadema se habrían representado un altar con forma de piel de toro, una imagen de la diosa Asherah, un masebah y una efigie del dios Bes,<sup>48</sup> aunque otras autoras defienden que la divinidad femenina sería Astarté o Tanit.<sup>49</sup> Así mismo, uno de los motivos ornamentales de los colgantes también incide en la misma dirección como vemos en el nudo hercúleo que muestran, ya que se trata de un motivo que en

<sup>45</sup> MATA CARRIAZO, 1975, pp. 452, 454 y 457-458.

<sup>46</sup> ALMAGRO-GORBEA, 2005, pp. 577-578.

<sup>47</sup> OLIVER FOIX, 2014, pp. 52.-55.

<sup>48</sup> GÓMEZ PEÑA, 2018, pp. 70-78.

<sup>49</sup> PEREA, 2006, p. 59.

la Antigüedad se valoraba por su simbolismo sanatorio y facilitador del parto y la fertilidad,<sup>50</sup> sin olvidar que en estos colgantes vemos representadas también rosetas, discos solares y crecientes lunares de claro simbolismo religioso.

Ahora bien, lo más interesante es que este mismo cariz religioso ha podido constatare en otros tesoros áureos peninsulares conocidos como El Carambolo o La Aliseda (Blanco Fernández, 2005: 1229-1230). En el caso del yacimiento sevillano las excavaciones llevadas a cabo han puesto de manifiesto que se trata de un santuario ubicado en el fondo del antiguo Lago Ligustinus. Con una cronología más antigua que Eborá pues se inicia en el siglo VIII a. C. si no antes, facilitó el conocido tesoro que fue hallado en lo que hoy sabemos era una fosa en un patio abierto del Ámbito 4 de la fase IV/III, en la que se arrojaban los deshechos y restos de las actividades alimenticias llevadas a cabo a lo largo del siglo VII a. C. e inicios de la siguiente centuria en el ámbito próximo.<sup>51</sup>

Tradicionalmente se ha venido considerando que el también incompleto tesoro de La Aliseda de los siglos VII-VI a. C. debía corresponder a un enterramiento aristocrático indígena,<sup>52</sup> o a lo sumo a dos individuos, uno masculino que se acompañaba de materiales importados y otro femenino que lo hacía con ejemplares elaborados en el taller de Extremadura.<sup>53</sup> Sin embargo, en los últimos años han crecido las dudas al respecto al recordar que éste se encontró dentro de unos “*cimientos de viviendas pobrísimas y pequeñas (es muy posible que no haya más que dos)*”,<sup>54</sup> de manera que en la actualidad se considera probable que se trate de una “casa-santuario”. Además, relacionan este tesoro con la fertilidad, de manera que incluso se ha sugerido que habría sido depositado durante una ceremonia ritual del renacer de la Naturaleza al llegar la primavera.<sup>55</sup>

Así pues, parece factible plantearse si en lugar de un poblado como pensó su excavador al igual que hizo con El Carambolo, y que como hemos visto no fue una idea acertada, este yacimiento pueda vincularse con un emplazamiento cultural de manera similar a lo acontecido en este santuario sevillano. Dada la pésima documentación disponible resulta sumamente difícil establecer una secuencia que establezca la evolución y características de este emplazamiento. Sin embargo, a pesar de ello pensamos que un acercamiento al mismo presenta un notable interés dada la confusión imperante. Así,

<sup>50</sup> PÉREZ LÓPEZ y LÓPEZ DE LA ORDEN, 1987, pp. 272-275.

<sup>51</sup> FERNÁNDEZ FLORES y RODRÍGUEZ AZOGUE, 2005, p. 134.

<sup>52</sup> ALMAGRO-GORBEA, 1977, pp. 219-220.

<sup>53</sup> PEREA, 2006, p. 52.

<sup>54</sup> BLANCO FERNÁNDEZ y CELESTINO PÉREZ, 1998, p. 77; CELESTINO PÉREZ, 2016, pp. 214-218.

<sup>55</sup> RODRÍGUEZ DÍAZ et ál., 2017, p. 302.

creemos que en el nivel de base o C, siguiendo la terminología de su excavador, se habrían construido dos edificaciones con zócalos de piedra que hemos de suponer debieron sustentar paredes de adobe o tapial y que parece tuvieron suelos de guijarros, siendo posible que otro empedrado corresponda a algún espacio abierto, tal vez un patio. De hecho la existencia de pavimentos elaborados tanto con guijarros como con lajas de piedra queda documentada en el caso del santuario de Carmona.<sup>56</sup>

Aunque tenemos muy pocos datos sobre el entramado arquitectónico de esta primera fase del yacimiento, no cabe descartar que, al igual que suele ser normal en otros ámbitos culturales según reflejan puntos como Carmona, El Carambolo o La Algaida, la edificación se estructurara a partir de un patio central alrededor del cual se distribuían las diversas estancias,<sup>57</sup> tal vez en nuestro caso representado por el espacio pavimentado próximo al sector II.

En una de estas edificaciones, más concretamente en el sector II, había una estancia en la que se había excavado un silo cubierto con lajas de piedra y donde se había depositado el tesoro. En realidad, y dadas las carencias estratigráficas de la excavación, no está en absoluto clara la relación existente entre el silo y la edificación posterior. Sin embargo, tampoco podemos descartar que este silo responda en realidad a un modelo ya conocido en otros espacios sagrados indígenas como es el de “fosa de consagración”, según vemos en La Muela de Cástulo<sup>58</sup> donde se excavó lo que ha sido considerada como una fosa fundacional, al igual que la documentada en Castro Marim, siendo interesante recordar cómo en este último caso se había cubierto con una laja y en su interior solo se habían depositado restos de animales.<sup>59</sup> En todo caso, resulta interesante constatar cómo esta posible fosa fundacional del edificio eborense estaba bajo la estancia en la que se había depositado el tesoro, lo que vendría a resaltar su importancia.

Por su parte, en el nivel B se procedió a efectuar una importante remodelación del complejo de la que apenas sabemos nada, conociéndose ahora parte de lo que parece ser una amplia estancia rectangular que muestra una orientación diferente y de la que se conservan restos de sus zócalos pétreos, junto con un pavimento de piedras unidas con mortero. Por último, y dada la falta de estructuras, pues solamente se encontraron restos pétreos de lo que parece ser un derrumbe de los muros anteriores, parece probable que el nivel A correspondiera a un momento de abandono del enclave.

<sup>56</sup> BELÉN et ál., 1997, pp.75-76.

<sup>57</sup> BELÉN et ál., 1997, p.78; ARRUDA y CELESTINO PÉREZ, 2007, p. 39; CELESTINO PÉREZ, 2016, p. 174.

<sup>58</sup> BANDERA ROMERO, 2002, p. 145.

<sup>59</sup> ARRUDA y CELESTINO PÉREZ, 2009, p. 40.

Podemos advertir también una serie de aspectos que coinciden con lo observado en otros santuarios. Así, la actividad textil está constatada en todos los niveles gracias a la aparición de fusayolas, junto a una pesa de telar en el nivel B,<sup>60</sup> evidencia artesanal que igualmente vemos en el caso del santuario de Ilipa.<sup>61</sup> Así mismo, el descubrimiento de escorias metálicas y un fragmento cerámico con perforaciones en el mismo nivel podrían sugerir que aquí también se llevaban a cabo actividades de índole metalúrgica antes de su abandono<sup>62</sup> como se ha demostrado en el caso de El Carambolo.<sup>63</sup> Así mismo, el hallazgo de dos ponderales con un peso de 29,92 g y 58,45 g, que corresponden a 4,5 y 9 siclos respectivamente, hace que se relacionan con los aparecidos en Cancho Roano.<sup>64</sup>

Así mismo, su excavador apreció cómo la cerámica se acumulaba sobre todo en la zona más cercana al tesoro y que en la parte que hemos denominado sector I, que él valoro como posible área residencial, se concentraba la mayor parte de la cerámica pintada, en tanto en nuestro sector II, que pensó podía ser zona de servicios o industrial, se localizaba más cerámica sin decoración. Además, no debemos olvidar que los materiales cerámicos más abundantes eran los platos y los vasos de cuello estrangulados idóneos para el consumo de alimentos.<sup>65</sup> Ello nos permite apuntar la existencia de prácticas vinculadas con la alimentación al igual que vemos en El Carambolo,<sup>66</sup> Ilipa<sup>67</sup> y Montemolín<sup>68</sup> que se llevaban a cabo en los patios de dichos santuarios. Respecto a las partes del cuerpo representadas en la fauna documentada parece que proliferaban las extremidades y los maxilares inferiores, de manera similar a lo que vemos en el caso de Montemolín.<sup>69</sup> Además, en el ritual llevado a cabo en este último santuario se constató la rotura ritual de los recipientes cerámicos contra el suelo, algo que quizás también se haya producido en Eborá ya que Carriazo habla de lo fragmentado que estaba todo el material recogido.<sup>70</sup>

<sup>60</sup> MATA CARRIAZO, 1975, pp. 385, 394 y 401.

<sup>61</sup> FERRER ALBELDA y GARCÍA FERNÁNDEZ, 2007, p. 124.

<sup>62</sup> MATA CARRIAZO, 1975, pp. 383 y 405.

<sup>63</sup> FERNÁNDEZ FLORES y RODRÍGUEZ AZOGUE, 2005, p. 130.

<sup>64</sup> FERNÁNDEZ GÓMEZ, 1998, p. 205.

<sup>65</sup> MATA CARRIAZO, 1975, pp. 395 y 407.

<sup>66</sup> FERNÁNDEZ FLORES y RODRÍGUEZ AZOGUE, 2005, p. 129.

<sup>67</sup> FERRER ALBELDA y GARCÍA FERNÁNDEZ, 2007, p. 126.

<sup>68</sup> BANDERA ROMERO, 2002, pp. 555-557.

<sup>69</sup> BANDERA ROMERO, 2002, p. 150.

<sup>70</sup> MATA CARRIAZO, 1975, p. 631.

Así pues, y aun cuando la información que tenemos es muy escasa como hemos podido comprobar, no dejan de existir ciertos paralelismos con otros lugares de culto como vemos en el sacrificio y consumo de carne, la existencia de actividades textil y agrícola, la presencia de ponderales, así como una posterior metalurgia en sus momentos finales que vimos en El Carambolo. Así mismo, parece que tanto este último tesoro como el de Eborá fueron depositados en fechas diferentes de la de su fabricación, aunque en el santuario sevillano se depositó en una fosa en el patio y aquí se encontró dentro de una habitación. Aunque su excavador pensaba que el tesoro eborense habría sido depositado en el interior de algún recipiente cerámico pero del que no se halló nunca el menor rastro,<sup>71</sup> lo cierto es que su aparición nos recuerda lo acaecido en el caso de la Aliseda donde éste se encontraba *desparramado y mezclado con la tierra*.<sup>72</sup>

Si atendemos a la identificación de los materiales griegos que hizo quien excavó el yacimiento cabría asignarle una datación inicial que alcanzaría el siglo VI a. C., e incluso una centuria antes si hacemos caso de la fecha dada al bronce.<sup>73</sup> Esta equívoca datación ha sido asumida con posterioridad, lo que ha motivado que se acepte que su origen se remontaría cuando menos al siglo VI a. C.<sup>74</sup> Sin embargo, como pudimos comprobar en un apartado anterior esta identificación dista mucho de ser válida ya que no se ha constatado la presencia de ningún resto cerámico heleno que se pueda datar con anterioridad al 400 a. C., algo antes en el caso del asa del caldero de bronce. Esta fecha no desentona con la que cabe asignar a los fragmentos de ungüentarios de pasta vítrea, pues aunque algún ejemplar pueda remontarse al siglo VI a. C. la mayor parte se datan entre los siglos V-IV a. C.<sup>75</sup> Aun así, preferimos ser prudentes y no negar taxativamente que algún resto indígena pudiera alcanzar el siglo VI a. C., siempre a la espera de un estudio más exhaustivo de todo el material hallado. Algo similar sucede en lo referente a su límite inferior, pues aunque creemos que puede situarse en la segunda mitad del siglo IV a. C. a juzgar por la aparición de la moneda cartaginesa en el estrato superior, no se puede descartar que alcanzara las primeras décadas de la siguiente centuria. No cabe duda que la aparición de materiales pertenecientes a distintos períodos complica la datación de los diversos niveles. A pesar de ello creemos que el nivel C podría datarse a

<sup>71</sup> MATA CARRIAZO, 1975, p. 326.

<sup>72</sup> CELESTINO PÉREZ, 2016, p. 216.

<sup>73</sup> MATA CARRIAZO, 1975, p. 419.

<sup>74</sup> PELLICER CATALÁN, 1983, p. 829; ESCACENA CARRASCO, 1993, pp. 198-199.

<sup>75</sup> BARTHELEMY, 1992, p. 34.

lo largo del siglo v a. C, aunque la presencia en ella de restos de vasos de figuras rojas nos llevarían a fechas posteriores como podría ser el siglo iv a. C. También podemos otorgar una fecha similar al nivel B que cabría situar en los mismos parámetros del nivel anterior si tenemos en consideración el hallazgo del fragmento de leцитos aribalístico y los vasos áticos de barniz negro, así como la fecha aportada por algún recipiente turdetano. Por su parte en el nivel superior o A encontramos piezas que pueden datarse entre los siglos v a. C., caso del bronce griego, y iv a. C. como vemos en la moneda cartaginesa de bronce. En consecuencia, todo apunta a un margen temporal que por lo poco que sabemos abarcaría los siglos v y iv a. C., y que por tanto cabe insertar en plena etapa turdetana.

Diversos autores han señalado la amplitud cronológica que muestran las piezas del tesoro, que abarcarían desde el siglo vii al iii a. C.<sup>76</sup> Este fenómeno no es en absoluto extraño pues en el caso del descubierto en El Carambolo, que ha sido datado en la primera mitad del siglo vii a. C., el collar fue añadido al conjunto antes de su ocultamiento definitivo una centuria más tarde,<sup>77</sup> mientras que el de La Aliseda lo conforman piezas de los siglos vii y vi a. C.<sup>78</sup> Además, en el caso de Eborá los dos extremos triangulares de la diadema se encuentran muy deteriorados, presentando desgarros y perforaciones que evidencian que fue utilizada durante un prolongado período de tiempo. Algunos investigadores han sugerido que tanto este tesoro como los de El Carambolo y La Aliseda serían el resultado de un rito de amortización o bien de un proceso de tesaurización,<sup>79</sup> por lo que no sería descartable que formara parte del tesoro del templo, situado en una estancia privilegiada bajo la fosa fundacional.

Estas diademas han sido puestas en relación con ritos de iniciación de mujeres pertenecientes a la aristocracia,<sup>80</sup> sexo con el que ya en un primer momento Carriazo vinculó el hallazgo,<sup>81</sup> y que quizás pudieron ser entregadas al templo como parte de una ofrenda e incluso formar parte de su tesoro al igual que se ha defendido para el de El Carambolo.<sup>82</sup> En este sentido no sabemos si guardaría paralelismos con la función que algunos investigadores han manifestado para

<sup>76</sup> NICOLINI, 1991, pp. 496-497; BLANCO FERNÁNDEZ y CELESTINO PÉREZ, 1998, p. 62.

<sup>77</sup> PEREA y ARMBRUSTER, 1998, p. 136.

<sup>78</sup> CELESTINO PÉREZ, 2017, pp. 216-217.

<sup>79</sup> CELESTINO PÉREZ, 2016, p. 219.

<sup>80</sup> PEREZ, 2006, pp. 53-54.

<sup>81</sup> MATA CARRIAZO, 1975, pp. 338-339; FERNÁNDEZ GÓMEZ, 1997, p. 65.

<sup>82</sup> PEREA, 2000, p. 151.

este último yacimiento, ya que consideran que formaría parte del aderezo ritual de dos toros sacralizado, así como de un sacerdote antes que estos animales fuesen ofrecidos como sacrificio a las divinidades.<sup>83</sup> Además, conviene recordar que estos brazaletes áureos han sido puestos en relación con sacerdotes o aristócratas indígenas.<sup>84</sup>

La existencia de dos lugares de culto próximos a la entrada del Lagus Ligustinus, como son Eborra en una península y La Algaida en una isla, nos recuerda lo constatado en tierras extremeñas para el complejo La Aliseda-Las Cortinas, en lo que ha sido interpretado como una apropiación ideológica de un territorio por parte de sectores aristocráticos,<sup>85</sup> en este caso a la entrada de una vía estratégica de comunicación y comercio, en cuyas riberas se localizan varios santuarios más y posiblemente como centro de atracción del territorio cercano.

## 6. CONCLUSIONES

Como hemos podido comprobar en las páginas de este artículo, a pesar de la indudable trascendencia que tuvo este descubrimiento la deficiente intervención llevada a cabo con posterioridad ha dificultado enormemente su inserción en el marco histórico de la protohistoria del mediodía peninsular. Creemos que este tesoro puede interpretarse como parte de los elementos que conformaban un posible santuario turdetano situado en la costa y no un poblado como se ha venido postulando hasta el presente, situado justo a la entrada de la antigua bahía que por aquel entonces conformaba el río Guadalquivir en su desembocadura.

A tenor de los escasos datos que tenemos parece que su cronología debe situarse entre los siglos v y iv a. C., aunque quizás sea prematuro descartar un inicio algunas décadas antes hasta que algún día pueda estudiarse en profundidad la totalidad del material exhumado. En todo caso, este tesoro parece incluir elementos de cronología dispar que para varias piezas algunos autores remontan hasta el siglo VII/VI a. C., junto a otros elementos áureos que se datarían siglos más tarde, por lo que es bastante probable que se conformase a lo largo de un prolongado margen de tiempo. En todo caso se viene aceptando su pertenencia a una o varias mujeres, tal vez sacerdotisas y/o miembros de la aristocracia indígena, muy probablemente formando parte del tesoro

<sup>83</sup> ESCACENA CARRASCO y AMORES CARREDANO, 2011, pp. 122-130.

<sup>84</sup> BANDERA ROMERO, 1987, p. 404.

<sup>85</sup> RODRÍGUEZ DÍAZ et ál., 2017, pp. 304-305.

del santuario siguiendo en ello una práctica sumamente extendida en los recintos sagrados de su época.

A pesar de la escasez de información disponible sobre este enclave, motivada sin duda alguna por las graves deficiencias metodológicas constatadas en la intervención arqueológica emprendida en su momento, parece factible apreciar algunos hechos que nos hacen pensar que se trata no de un poblado sino de un santuario como decimos. En tal sentido inciden el ocultamiento de un tesoro formado quizás a lo largo de varios siglos, la existencia de prácticas rituales vinculadas con el consumo de carne, una posible rotura ritual de los recipientes, la presencia de trabajos textiles y sistemas de medidas, así como una probable actividad metalúrgica en su etapa final, circunstancias que en nuestro caso vienen a poner de manifiesto la presencia los molinos y morteros de piedra, los restos de fauna y materiales líticos, la presencia de fusayolas, pesas, ponderales y escorias metálicas, sin olvidar las acumulaciones de materiales cerámicos. Todo ello acompañado de unos materiales griegos que fueron usados para el consumo del vino y también para disponer de perfumes, sustancia contenida igualmente en los unguentarios de vidrio que pudieron pertenecer a anforiscos, y sin que por desgracia conozcamos el alimento que contenían las ánforas.

Con una fecha que se remontaría al siglo v a. C., y tal vez con una fosa de carácter fundacional, se construyen al menos dos edificaciones con varias estancias que parece contaban en algún caso con un pavimento de guijarros, y que no cabe descartar se organizaran alrededor de un patio central o algún espacio abierto. Posteriormente, en un momento que no podemos determinar dada la parquedad de datos, se procede a realizar una notable remodelación que cambiará incluso la orientación de la única sala conocida, de planta rectangular, todo lo cual parece haber sido abandonado a lo largo de la segunda mitad del siglo iv a. C., o a lo sumo las primeras décadas de la siguiente centuria.

Somos plenamente conscientes de que, dada la pobre información con que contamos habida cuenta las limitaciones del registro arqueológico disponible, estas consideraciones que hemos expuesto en las páginas anteriores deben tomarse con suma prudencia, si bien lo cierto es que no desentonan con lo observado en otros enclaves peninsulares del suroeste con similares cronologías, pero que afortunadamente resultan ser mejor conocidos. Así pues, cabría concluir estas páginas considerando que el insigne profesor Juan de Mata Carriazo excavó no dos asentamientos como creyó, sino dos santuarios costeros situados a la entrada y el interior del antiguo estuario del Guadalquivir.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALFARO ASINS, C. (2000): “Consideraciones sobre la moneda púnica foránea en la Península Ibérica y su entorno”, *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, XVIII, 1-2, pp. 21-67.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el período Orientalizante en Extremadura*, Madrid, CSIC.
- \_\_\_\_\_ (1989): “Orfebrería orientalizante”, en *El oro en la España prerromana*, Madrid, Zugarto Ediciones, pp. 68-81.
- \_\_\_\_\_ (2005): “La literatura tartésica. Fuentes históricas e iconográficas”, *Gerión*, 23, 1, pp. 39-80.
- ARRUDA, A. M. y CELESTINO PÉREZ, S. (2009): “Arquitectura religiosa en Tartessos”, en MATEOS CRUZ, P., CELESTINO PEREZ, S., PIZZO, A. y TORTOSA ROCAMORA, T. (Coords.): *Santuarios, oppida y ciudades: arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo occidental*, Madrid, CSIC, pp. 29-78.
- BANDERA ROMERO, M. L. DE LA (1984): “Brazaletes peninsulares orientalizantes e ibéricos en metales nobles”, *Habis*, XV, pp. 365-417.
- \_\_\_\_\_ (1989): *La joyería prerromana en la provincia de Sevilla*, Sevilla, Diputación Provincial.
- \_\_\_\_\_ (2002): “Rituales de origen oriental entre las comunidades tartésicas: el sacrificio de animales”, en FERRER ALBELDA, E. (Ed.): *Ex Oriente Lux: las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 141-158.
- BANDERA ROMERO, M. L. DE LA y FERRER ALBELDA, E. (2002): “Secuencia estratigráfica tartésica y turdetana de Vico (Marchena, Sevilla)”, *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología*, 11, pp. 121-149.
- BANDERA, M. L. DE LA, GÓMEZ TUBÍO, B., ONTALBA SALAMANCA, M. A, ORTEGA FELIÚ, I. y RESPALDIZA GALISTEO, M. A. (2007): “Caracterización de orfebrería antigua mediante técnicas nucleares de análisis no destructivos”, *Sautuola. Revista del Instituto de Prehistoria y Arqueología Sautuola*, XIII, pp. 113-128.
- BARTHELEMY, M. (1992): “El vidrio fenicio-púnico en la Península Ibérica y Baleares”, en *Producciones artesanales fenicio-púnicas*, VI Jornadas de Arqueología fenicio-púnica, Ibiza, Museo de Ibiza, pp. 29-40.

- BELÉN, M., ANGLADA, R., ESCACENA, J. L., JIMÉNEZ, A., LINEROS, R. y RODRÍGUEZ, I. (1997): *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del marqués de Saltillo*, Sevilla, Junta de Andalucía.
- BLANCO FERNÁNDEZ, J. L. (2005): “Joyería orientalizante: el espejo de los dioses”, en CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (Eds.): *Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo occidental*, Madrid, CSIC, vol. I, pp. 1225-1230.
- BLANCO FERNÁNDEZ, J. L. y CELESTINO PÉREZ, S. (1998): “La joyería orientalizante peninsular. Diversidad y particularidades a la luz de los últimos hallazgos”, *Complutum*, 9, pp. 61-83.
- BLANCO DE TORRECILLAS, C. (1959): “El tesoro del cortijo de Eborá”, *Archivo Español de Arqueología*, XXXII, pp. 50-57.
- CELESTINO PÉREZ, S. (2016): *Tarteso. Territorio y cultura*, editorial Barcelona, Ariel.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. (1993): “De la muerte de Tartesos. Evidencias en el registro poblacional”, *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología*, 2, pp. 183-218.
- ESCACENA CARRASCO, J. L., FELIÚ ORTEGA, M. J. e IZQUIERDO DE MONTES, R. (2020): “El cerro de la Albina y la metalurgia de la plata en Tartessos”, *De Re Metallica. Revista de la Sociedad Española para la Defensa del Patrimonio Geológico y Minero*, 14, pp. 35-51.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. y AMORES CARREDANO, F. (2011): “Revestidos como dios manda. El tesoro del Carambolo como ajuar de consagración”, *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología*, 20, pp. 104-141.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. V. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2005): “El complejo monumental del Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Un santuario orientalizante en la paleodesembocadura del Guadalquivir”, *Trabajos de Prehistoria*, 62, 1, pp. 111-138.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1997): *Tesoros de la Antigüedad en el valle del Guadalquivir*, Sevilla, Junta de Andalucía.
- \_\_\_\_\_ (1998): “El tesoro de La Puebla de los Infantes (Sevilla): características y metrología”, en *Homenaje al Profesor Carlos Posac Mon*, Ceuta, Instituto de Estudios Ceutíes, vol. I, pp. 191-206.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. (1987): *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica*, Huelva, Diputación Provincial.
- FERRER ALBELDA, E. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2007): “Primeros datos sobre la Ilipa turdetana”, en FERRER ALBELDA, E., FERNÁNDEZ

- FLORES, A., ESCACENA CARRASCO, J. L. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (Eds.): *Ilipa Antiqua. De la Prehistoria a la época romana*, Alcalá del Río, Universidad de Sevilla, pp. 103-130.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1978): *La España del siglo primero de nuestra era (según P. Mela y C. Plinio)*, Madrid, Espasa Calpe, 3.<sup>a</sup> edición.
- \_\_\_\_\_ (1980): *España y los españoles hace dos mil años según la geografía de Strabón*, Madrid, Espasa Calpe, 7.<sup>a</sup> edición.
- GÓMEZ PEÑA, A. (2018): “Nueva propuesta sobre la simbología de la diadema del tesoro de Ébora”, *Archivo Español de Arqueología*, 91, pp. 67-88.
- HARTMANN, A. y KALB, P. (1969): “Investigaciones espectro-analíticas sobre hallazgos hispánicos de oro”, *Archivo de Prehistoria Levantina*, XII, pp. 93-98.
- LÓPEZ AMADOR, J. J. y RUIZ GIL, J. A. (2010): “Las ofrendas del santuario púnico-gaditano de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda)”, en *Cuaternario y Arqueología. Homenaje a Francisco Giles Pacheco*, Cádiz, Diputación Provincial, pp. 271-281.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1958): “Nuevos hallazgos en el área tartésica”, *Zephyrus*, IX, 2, pp. 201-218.
- MATA CARRIAZO, J. DE (1970): *El tesoro y las primeras excavaciones de Eborá (Sanlúcar de Barrameda)*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia.
- \_\_\_\_\_ (1975): *Tartessos y El Carambolo. Investigaciones arqueológicas sobre la Protohistoria de la Baja Andalucía*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia.
- MENENTEAU, L. (1978): “Les anciens étiers der rive gauche des Marismas du Guadalquivir: un exemple d'utilisation des données archéologiques en géomorphologie littorale”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 14, pp. 35-72.
- NICOLINI, G. (1991): *Techniques des ors antiques. La bijouterie ibérique du VII au IV siècle*, Paris, Picard.
- OLIVER FOIX, A. (2014): “Perros en el culto, la economía y el prestigio de los iberos”, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 33, pp. 43-61.
- ONTALBA SALAMANCA, M. A., GÓMEZ TUBÍO, B. M., BANDERA, M. L. DE LA, RESPALDIZA, M. A. y FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (2004): “Análisis del tesoro de Ébora mediante la técnica PIXE”, en PEREA, A., MONTERO, I. y GARCÍA-VUELTA, O. (Eds.): *Tecnología del oro antiguo: Europa y América*, Madrid, CSIC, pp. 97-106.
- PELLICER CATALÁN, M. (1983): “Yacimientos orientalizantes del Bajo Guadalquivir”, en *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, CNR, vol. III, pp. 825-836.
- PEREA, A. (2000): “Joyas y bronzes”, en ARANEGUI CASCÓ, C. (Ed.): *Argantonio, rey de Tartessos*, Madrid, Ministerio de Educación y Cultura, pp. 145-155.

- \_\_\_\_\_ (2006): “Entre la metáfora y el mito. La representación simbólica de lo femenino en la sociedad ibérica”, *Arqueología y Museos*, 1, pp. 49-68.
- PEREA, A. y ARMBRUSTER, B. (1998): “Cambio tecnológico y contacto entre Atlántico y Mediterráneo: el depósito de El Carambolo, Sevilla”, *Trabajos de Prehistoria*, 55, 1, pp. 121-138.
- PÉREZ LÓPEZ, I. y LÓPEZ DE LA ORDEN, M. D. (1987): “A propósito de un nudo hercúleo encontrado en Cádiz”, en GARCÍA DE LA FUENTE, O. (Dir.), *Actas del II Congreso Andaluz de Estudios Clásicos*, Málaga, Sociedad Española de Estudios Clásicos, vol. II, pp. 289-295.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN SOLDEVILA, I. y DUQUE ESPINO, D. M. (2017): “Aproximación al contexto de las joyas de Aliseda: reinventando la tradición”, en RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN SOLDEVILA, I. y DUQUE ESPINO, D. M. (Eds.): *Historia de tesoros. Tesoros con Historia*, Cáceres, Universidad de Extremadura, pp. 277-318.
- ROUILLARD, P. (1991): *Les Grecs et la Péninsule Ibérique du VIII au IV siècle avant Jésus-Christ*, Paris, De Boccard.
- RUIZ MATA, D. (1987): “La formación de la cultura turdetana en la bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca”, en RUIZ, A. y MOLINOS, M. (Coords.): *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico*, Jaén, Junta de Andalucía, pp. 299-314.
- TORRES ORTIZ, M. (2016): “Algunas consideraciones cronológicas sobre el yacimiento tartésico de El Carambolo”, *Cadernos do Museo da Lucerna*, 1I, pp. 78-96.
- SALINAS DE FRÍAS, M. (2010): “Sobre algunas especies animales en el contexto de las religiones prerromanas de Hispania”, *Palaeohispanica*, 10, pp. 611-628.

